

1848 que lograba conseguir el misionero en un mes de residencia en un pueblo se perdía en tres ó cuatro que por necesidad tenía que ausentarse; no obstante, en aquellos siete meses de trabajos ya se había conseguido que parcialidades enteras aprendieran lo necesario para salvarse; en algunas de ellas ya había quienes pudieran recibir con la debida disposición los Sacramentos, se hacían matrimonios, se bautizaban los párvulos y comenzaban á vivir cristianamente. En la parte material se fabricaban casas para que las familias no vivieran aglomeradas en unas pocas; las mujeres ya en varios pueblos se presentaban decentemente cubiertas, comenzaba á propagarse el arte de hilar y tejer y á este fin se hacían plantíos de algodón, y á todo contribuía la docilidad y buen carácter de aquellos naturales.

24.—Últimos trabajos del P. Lainez.

24)—Después que el P. Lainez dejó al P. Piquer, se entretuvo, como vimos, en catequizar los pueblecitos ya semicristianos hasta mediados de Febrero, «de los cuales trabajos ha resultado un gran bien, escribía al P. Amoros, el haber practicado algunas veces la paciencia, la caridad, la resignación con la voluntad de Dios, el prepararme para la muerte, y un gran deseo de santificarme en estas soledades olvidado de todo y de todos». Estas disposiciones se necesitaban para emprender la expedición que meditaba erizada de por sí de inmensas dificultades. Con la salud tan quebrantada como le había quedado, escasez de víveres, compañeros de cuya constancia y fidelidad no podía asegurarse, tenía que recorrer por agua y por tierra inmensas distancias en busca de tribus infieles, cuyo carácter no le era conocido. A pesar de todo, su celo de apóstol y su firmeza indomable le determinaron á marchar, y marchó el 20 de Febrero. Unos cortos apuntes que encontró el P. Piquer después de su muerte son los únicos documentos que nos quedan de expedición tan apostólica.

1848 Siguiendo el curso del Putumayo se encontró con las tribus de los Orejones, Uries, Ficunas y Pases. Dios le deparó en medio de tan vastas soledades, un Portugués llamado Francisco de Paula Pereira, que le sirvió de gran consuelo y ayuda. El le sirvió de intérprete para catequizar aquellas tribus bien dispuestas por carácter, y logró bautizar á todos los Pases, y alguna parte de las otras tribus, (*) menos de los Ficunas, de los cuales dice en uno de los referidos apuntes: «De los Ficunas no pude sacar partido alguno. Juicios de Dios! Los encontré celebrando una gran fiesta á sus falsos dioses, de los cuales pude contar hasta nueve. La memoria de su espantosisima figura todavía no se ha borrado de mi imaginación. Estos indios como los Orejones van enteramente desnudos; sin embargo los portugueses que los entienden y tratan con estos desgraciados me han dicho que ellos los atraerían y les dirían que se hiciesen cristianos». Hállanse estas tribus distantes algunas jornadas unas de otras y bastante próximas al Marañon: sus terrenos son pantanosos y por lo mismo tan infestados de mosquitos que por causa de esta molestísima plaga se vió el P. Lainez privado del consuelo de celebrar la Santa Misa durante dos meses.

Había tocado ya el Misionero los límites del territorio confiado á su celo: hallábase en la tribu de los Pases, que no dista más que dos jornadas del Marañon, frontera entre la Nueva Granada y el Brasil y

(*) Un documento, que podría servir como de Fe de Bautismo de los nuevos cristianos, se halló entre los papeles del Misionero, y es del tenor siguiente:

«Eu Francisco de Paula Pereira, subdito do Brasil teste munho, come que estive presente as ceremonias que como Padrino de todos, que o P. José Segundo Lainez, misionero Jesuita bautizou á todos, os tribos da Pases é maior parte de iuris... e (borrado) Mariates, Francisco de Paula Pereira».

1848 pensando ya en volver se hallaba sin víveres. Determinó pasar la línea y visitar algunas poblaciones fronterizas, y como á pesar del estado en que se hallaba no sabía descansar, pagaba la buena acogida que recibió de aquellas buenas gentes con hacerles algunas pláticas. Entre tanto iba tomando informes útiles para la Misión y por ventura formando planes para lo futuro, porque á lo menos para aquellas tribus que había comenzado á cristianizar era más fácil obtener recursos del Brasil que de Pasto, tanto más, cuanto que, según se decía, ya había pasado algún vapor al Putumayo subiendo por el Marañón. Empezó por fin la vuelta: cuánto haya tenido que sufrir en ella se puede barruntar por unas palabras que se hallaron entre sus papeles y forman el final de una carta. «Esto es, dice, lo que tengo que comunicar á V. R. acerca de mi expedición que pienso será la última á causa de mil males que me lo impedirán, y de que no me curaré... He quedado inutilizado para siempre: hágase en todo la voluntad de Dios; *sive vivimus Domino vivimus, sive morimur Domino morimur*». El 25 de Mayo llegó finalmente al primer pueblecito cristiano de su jurisdicción, San Javier de Cancauy, en un estado de salud deplorable aún más de lo que él se lo imaginaba. Desde aquí escribió al R. P. Visitador la carta siguiente última de su vida, por lo cual queremos copiarla íntegra, y dice así: «Vuestra R. se contentará con ese mal papel, pues actualmente no tengo otro. Acabo de llegar de mis expediciones en las que he echado tres meses y seis días, andando noche y día. He pasado muchísimos trabajos de calenturas casi continuas y hambre extraordinaria, pues acabados los recursos me he visto en la precisión, no sólo de comer mono, que me ha sabido á las mil maravillas cuando lo he tenido, sino que he pasado con frecuencia dos y tres días sin comer: he pensado morir de debilidad. La

Virgen Santísima me ha traído hasta aquí milagrosamente. En cuanto á las expediciones han salido bien, gracias á la bondad de Dios y á las oraciones de VV. RR., pero eso será materia de una relacioncita que enviaré cuanto antes pueda; pues ahora no tengo papel ni fuerzas. Hoy escribo al P. Piquer que venga; por su medio sabré muchas disposiciones de V. R. Deseo ardientemente que á vuelta de correo me escriba muy á la larga: entre otras cosas le aviso que Dios N. S. me ha concedido la gracia de estar dispuesto para todo cuanto V. R. mande y disponga; que á pesar de lo dicho en mis cartas (solía suplicar que no le retirasen de las Misiones), puede obrar con toda libertad: el Señor me ha convertido con los trabajos y enfermedades. No deseo sino ser buen religioso y muy santo, ocupándome en aquellas cosas que los Superiores me manden sean cuales fueren: dígame, pues, *quid me oportet facere*. Si hubiere de salir de las Misiones, suplico me lo diga con tiempo, porque luego vienen las grandes lluvias y crecientes. Una limosna agena ó de la Procura me es absolutamente necesaria. Podría V. R. escribir al P. Blas quien la remitiría á la Señora Soberon con orden de darme parte de su recibo, pero no deberá enviarla á la Misión porque se perdería: yo le daré su destino en Pasto. No puedo más, estoy muy débil. Saludo á todos, etc».

Esta carta tan edificante bajo todos conceptos fué remitida al P. Piquer con la que iba para él, y la cual, por incuria de los indios que se entretendrían acaso descansando ó haciendo provisión de carne por los bosques, ó más bien por particular designio de Dios que á veces se complace en acrisolar las virtudes de sus siervos, la carta, digo, no llegó á manos del Padre Piquer hasta el 23 de Junio. Entre tanto, fuese por la enfermedad que tomaba mayores creces y el socorro se tardaba demasiado, fuese que tuviera conocimiento

1848 de la gravedad del H. Plata en la Concepción, determinó el P. Lainez trasladarse allá con las incomodidades y sufrimientos que se deja entender. La escena era conmovedora... «—H.º mío, un muerto viene en busca de otro muerto, dijo el caritativo P.; mas no tema, que sus calenturas luego desaparecerán.—En el momento se puso él mismo á preparar cierto medicamento: lo tomó el enfermo y las calenturas desaparecieron en el mismo día.—Yo sí que estoy entreteniéndolo á la muerte con medicinas, proseguía en su tono siempre jovial; ella viene á toda prisa tras de mí, y ya me alcanza; pero no importa, tengo buenos abogados, María Santísima y San José.—La enfermedad que, según parece, le había atacado con toda violencia, era la hidropesía, efecto seguro de las humedades y de haber tenido que andar tantas veces por quebradas y fangales, durmiendo á campo raso y sufriendo el calor de los soles tropicales; qué remedio, ó siquiera qué alivio poder proporcionarle en aquella soledad? Llegó, pues, el mal á su último extremo; el enfermo todo hinchado no podía ya moverse, perdió el habla dos días antes de morir, y no la volvió á recobrar sino para pronunciar tres veces el nombre de Jesus, en el momento de espirar. Así concluyó su vida aquel joven apóstol á la temprana edad de 36 años, el día 27 de Junio de 1848, consumido de trabajos en su breve apostolado de dos años. Atendidas las circunstancias de miseria y abandono en que murió, podríamos decir que en esto superó á su modelo San Francisco Javier, y el P. Gil en la carta de edificación que envió á Europa hace notar la particularidad de haber muerto cuando estaba ya en camino la carta en que le mandaba dejar aquella misión y retirarse á Pasto, como Javier llamado á Roma por San Ignacio. Ya se puede considerar cuales hayan sido sus exequias. Amortajado por los indios dirigidos por el H. Plata que aún no contaba con bastantes fuerzas, le

enterraron en la choza que llamaban Iglesia, debajo de la tarima del altar. 1848

Entre tanto que en la Concepción pasaban estas escenas de tristeza, el P. Piquer navegaba á toda vela por el Putumayo para prestar algún auxilio á su compañero; oigámosle á él referir sus dolorosas impresiones: «Al recibir la carta, envié peones á Pasto, pidiendo lo que el P. me indicaba, y yo marché para tener el grande consuelo de dar algún alivio á mi querido compañero, y aunque en tres días anduve lo que se suele en cinco, todo se me frustró. Sí, todo se me frustró, y con dolor debo comunicarlo á V. R: pues al llegar al puerto de la Concepción me dieron la noticia que el P. había muerto. Subí corriendo al convento para ver si era verdad; pero, Dios mío! Cuál fué mi dolor, cuando ni muerto pude verlo por haberle ya enterrado! El 27 murió mi amado compañero, y el 28 por la tarde le enterraron, y aquella fué la tarde que yo llegué, la más triste que en mi vida he tenido. Entré en el aposento, miré su lecho, no le ví, y no pude hacer otra cosa que deshacerme en lágrimas, las cuales no han cesado todavía, pues al escribir esta, y cada vez que recuerdo la memoria de mi amado compañero, se vuelven mis ojos dos fuentes». Después que el H. recobró un tanto sus fuerzas, despidióse el Padre Piquer dejando aquel precioso depósito muy recomendado á la fidelidad y al amor de sus neófitos, cuyas lágrimas por la muerte de su misionero habían dado á entender cuán capaces eran de sentimientos de humanidad y gratitud.

25)—Como en todo el trascurso de esta historia y especialmente en los últimos años hemos venido tocando á cada paso con los hechos del P. Lainez, como uno de los sujetos más distinguidos de la Misión, y cuyos trabajos por más extraordinarios fueron más conocidos y celebrados, no repetiremos lo ya dicho, daremos solamente á conocer algunos

25.—Elogio del P. Lainez.